

Colonialismo de la Cultura

Actualmente se conmemora el séptimo centenario del nacimiento de Dante Alighieri. Con este motivo, el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile organizó un ciclo de conferencias, y me honró al confiarme la primera de ellas que, bajo el título "La Divina Comedia y sus múltiples sentidos", pronuncié el 25 del corriente en la Sala Valentín Letelier. Al día siguiente, 26 de mayo, se publicó en "El Mercurio" un artículo firmado por el señor Raúl Silva Castro, de la Academia Chilena, en que el autor protesta de que algunas personas dediquen tiempo y esfuerzo a la "cebración de efemérides extranjeras", lo cual según él acusaría una "enfermedad mental" (sic) que llama "colonialismo de la cultura".

El haber sido calificado, aunque en buena compañía, como "enfermo mental", me obliga a escribir estas líneas para esclarecer algunos puntos:

1.— El señor Silva Castro da por sentado que Sófocles, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe —es decir, aquellos autores que se ha convenido en llamar "clásicos"— nos son "extranjeros", por haber nacido y vivido "más allá de las fronteras nacionales", y que quienes los leen y estudian están, según su expresión, "ofuscados o encandilados por el espectáculo de fuera". La verdad es que, salvo si nos proponemos empobrecer deliberadamente nuestro acervo cultural, estos autores no nos son "extranjeros" ni están "fuera"; que, por el contrario, los llevamos muy dentro; que sus obras sólo son "espectáculos" en el sentido de que operan sobre nosotros a manera de espejos en los que podemos reconocer y comprender mejor nuestra propia vida y el mundo en que ella se inserta. Y esto no se debe a que tales obras "hayan dado la vuelta al mundo", como piensa el señor Silva Castro: muchas cosas la dan que no tienen interés. Se debe más bien a que sólo quien conoce y ama esas obras participa de verdad en las formas superiores de la cultura de Occidente, que es la nuestra.

2.— Se pregunta el Sr. Silva Castro "qué fruto obtiene" el Señor X" cuando se aplica a estudiar ese autor que ha cumplido cierto número de siglos "de nacido o de muerto" y cuando "termina por saber no poco sobre él". Pienso que el fruto es este saber mismo. Como lo decía en cierta ocasión el profesor norteamericano Clarence Faust, tenemos tendencia a olvidar que el progreso técnico y la reforma de la sociedad tienen entre sus fines principales el que haya un mayor número de personas que puedan leer con tranquilidad y apreciar con lucidez a Homero, Shakespeare y Cervantes.

3.— El señor Silva Castro parte del supuesto de que lo que importa es ser "reconocido"; y así pregunta: "¿Se imaginan los autores de esos artículos que algún día van a ser considerados dentro de la inmensa falange de comentaristas de Dante...?". Responde que "ni los especialistas en Dante sabrán de los portentosos descubrimientos que se hacen en Chile sobre la Divina Comedia". Y dice también: "Pero lo que quisiera saber yo es qué caso se hace fuera de Chile...". Con esto expresa claramente cuál es su criterio y su pauta de valoración: lo que se hace en Chile sólo importa cuando es reconocido "fuera de Chile". Si no es razonable suponer que nuestros estudios van a obtener este reconocimiento, "cabe preguntar, dice, por qué se les intenta", puesto que de antemano están condenados "al más perfecto fracaso". Este criterio y esta pauta de valoración es, precisamente, lo que se debe denunciar como "colonialismo cultural". El artículo del señor Silva Castro es el mejor testimonio de que tal colonialismo se da en Chile. Consiste en vivir para otros, para ser reconocidos por otros, que se nos aparecen como la Metrópoli ante la cual tenemos que justificar lo que somos y hasta el hecho de que seamos. Pero quien es de verdad pensador y escritor no piensa ni escribe para ser apreciado fuera o dentro. Piensa para conocer, escribe para expresar. El conocer y el expresar contienen su propia recompensa. Personalmente, si he publicado dos libros en Francia, no ha sido por una preferencia mía, sino porque una editorial francesa se interesó por la producción filosófica del que debía de aparecersele como un extranjero, antes

que las de mi país se dieran por enteradas de que esa producción existía.

4.— El colonialismo cultural a que aludo manifiesta un penoso sentimiento de inferioridad. Y así el señor Silva Castro escribe: "Sería lo más peregrino del mundo que en Chile, de pronto, pudiera un erudito de formación reciente sobre el Dante cosas que en Italia no hayan sido vistas". ¿Por qué sería tan peregrino? ¿Por qué desconfiamos de nuestra capacidad para ciertas empresas antes de intentar siquiera acometerlas? Además: ¿Por qué habría de ser "el punto de vista itálico el único llamado a prevalecer" cuando de Dante se trata? Con este criterio, con estos complejos, ni Karl Vossler ni Francis Fergusson, alemán el uno, norteamericano el otro, habrían escrito jamás sus excelentes libros sobre la Divina Comedia.

5.— No estoy de acuerdo con el señor Silva Castro en que la literatura chilena sea, como él dice, "poco lucida". Dejando de lado el sentimiento de inferioridad que solemos cultivarnos, creo que debemos, por el contrario, reconocer el tono alto y singular de la poesía lírica de este país. Pero queda en claro: la alternativa que pudiera obligarnos a elegir entre Dante y Neruda, entre Quevedo y Gabriela Mistral, es una falsa alternativa. Saber leer las obras de los primeros es aprender a leer mejor las de los últimos. Y en la medida en que sepamos leerlas, todas son nuestras. Al convivir con ellas, recibimos más de lo que damos. No cabe, pues, exigir aquí esa reciprocidad —que los de "fuera" se interesen en nuestros autores como nosotros en los de ellos— a que alude el señor Silva Castro.

6.— Si nuestra producción literaria fuese tan poco lucida como sostiene sin "empacho" el señor Silva Castro, no debería verse en ello una consecuencia de esa pretendida juventud que él menciona y que tan a menudo invocamos para justificar nuestras deficiencias. Literariamente no somos jóvenes. Nuestra literatura está en la continuidad de la española que cuenta con muchos siglos de historia y es una de las más prodigiosas del mundo. No nos hacemos ningún favor —e incurrimos además en un error grave— cuando afirmamos que Cervantes, por ejemplo, pertenece en mayor medida a los españoles de hoy que a nosotros. La geografía, las divisiones políticas y administrativas, es algo que poco importa en este dominio. Importa mucho, en cambio, la lengua. Y es extraño que no lo vea así un académico de la misma.

7.— Poseer una gran literatura no es resultado de auto-complacencia, del "hábito de admirar" lo propio, de encerrarse en unas fronteras nacionales y practicar lo que el señor Silva Castro llama, con su lenguaje pintoresco, "barrer para adentro". La labor cultural tiene poco que ver con escobas, salvo en cuanto éstas sirvan para desechar lo bajo y mediocre. Por ejemplo, Dante no habría escrito su Comedia si no hubiese estudiado a los clásicos y si no hubiese estado familiarizado con la lírica provenzal. Y Cervantes no habría realizado su magna obra, si no hubiese recibido la influencia —bien lo ha probado Américo Castro— de los humanistas italianos.

En conclusión: debemos combatir, en nosotros y nuestros compatriotas, la peligrosa inclinación a aislarnos, derivada de pereza o lo que fuere. Debemos, al contrario, sentirnos participes y responsables, por derecho propio, y desde luego por la suntuosa herencia que es nuestro idioma, de una gran cultura universal.

José Echeverría

Jo
rest
rein
de o
quier
nuev
pers
gará
valori
do,
juici
ajen
estet
Es
can
él
can
Mil y
intui
intit
del
Sena
vario
Ciud
1960.
Po
lesca
auto
rá,
siglo
poet
cios
en e
fanta
Co
prev
vaga
apro
tual
via
Mito
Er
se o
gene
la cr
do s
ticia
gio,
afir
Co
nes
expe
cias
go,
Arce
Re
que
pani
exist
tas,
y en
rece
A N
Choc
A
seña
prov
bate
edit
espa
su l
D
agre
tas
fech
reun